



Desmenuzando unos textos empapados de vida

Son palabras que brotan del corazón y que están envueltas por un ambiente de intimidad, las del evangelio de este **quinto domingo de pascua**. El marco es la **última cena** y nosotros las saboreamos a la luz de la pascua.

Jesús se despidе de los suyos regalando palabras de vida. Nos dice quién es: **“Yo soy la vid”**. También lo que nosotros debemos de ser para él: **“sarmientos”**.

En el marco del Antiguo Testamento, y en las creencias que en él se hacen eco, la vid es un árbol sagrado y su producto -el vino- bebida de dioses.

La importancia de ambos aparece ya en el Génesis cuando habla de Noé que, después del diluvio, se convierte en cultivador de la tierra viniendo a ser el primer viñador y, por tanto, quien primero prueba sus jugos embriagadores.

La vid aparece en los Salmos, y en numerosos libros de la Biblia (Isaías, Números, I Reyes, etc...), como un bien especialmente precioso, símbolo de prosperidad y del amor de Dios que une cielo y tierra, identificando al propio Israel como viña de Yahvé.

La culminación del simbolismo del vino se alcanza, con las palabras de Cristo, en la última cena, donde el vino evoca la sangre derramada para sellar la nueva alianza y la alegría del banquete del cielo.

Vid y viñador... ¿puede haber algo más familiar? Una planta con brotes llenos de racimos. Un labrador que la cuida con manos que conocen la tierra y la corteza. Es el retrato que Jesús hace de sí mismo, de nosotros y del Padre. Con palabras sencillas tomadas del



diario vivir y perfumadas de sol y sudor, Jesús nos habla del misterio del reino de Dios.

El Padre es el que nos trabaja a fin de que nos llenemos de frutos jugosos, de celebración y de alegría. Un Dios que toca, guía, poda. Un Dios que nos quiere exuberantes, como acontece con el labriego en relación a sus cepas.

Cristo la vid y nosotros los sarmiento. Él y nosotros, la misma realidad, la misma planta, la misma vida, una sola raíz, una sola savia.

Somos una extensión de ese tronco, como chispas de un brasero. Jesús-vid empuja sin cesar la savia hacia la última rama, hacia el último brote, duerma o esté despierto. No depende de nosotros, depende de él que nos regala una vida dulce y fuerte.

Y el Padre, viñador admirable. Con aire de campesino que empuña la azada y, de cuando en vez, se sienta para contemplarla con ojos brillantes de esperanza.

Cada rama que da fruto la poda para que dé más fruto. Podar la vid no significa amputar, sino quitar lo superfluo a fin de que tenga más fuerza. El objetivo es eliminar lo viejo y que brote lo nuevo. Cualquier agricultor lo sabe: la poda siempre es un regalo para la planta. Así obra en nosotros el Padre de quien Jesús nos dice que es nuestro viñador, el viñador de la Iglesia. En las Constituciones Apostólicas (s. IV) se lee:

“La Iglesia es la plantación del Padre Dios, es su viña elegida”. Y San Cipriano completará: “Esta bienaventurada viña, surgiendo del tronco de Cristo, ha venido a ocupar el universo entero”.

El Padre poda a la Iglesia con un solo objetivo: que florezca lo más bella y prometedora en frutos posible. Preciosos frutos de esta viña hermosa son siempre los santos.

Entre la cepa y los sarmientos de la vid, la savia que sube y se extiende hasta la última punta de la última hoja. Hay un amor (un Espíritu) que brota, como fuente preciosa, para que circule por los tocones regándolo todo de vida. De ahí la invitación que el Señor nos hace: *“permaneced en mi y yo en vosotros”*.

«Estamos sumergidos en un océano de amor y no nos damos cuenta». Es una fuente inagotable de la que siempre se podrá beber. ¿Cómo hacerlo?. Tres son los medios que se nos ofrecen:

1º Palabra que se acoge. Orígenes afirmará que la Palabra escuchada es como el vino que embriaga llenándonos de gozo.

2º Eucaristía que se recibe. San Juan Crisóstomo afirmará que en ella se sacian todas las ansias del que ama.

3º Vida que se entrega, que ha de hacerse *“desde dentro”*; es decir: unidos a Cristo a fin de que la entrega sea verdadera.

Quien da fruto por estar unido a la vid, a través de una savia -el Espíritu- que se comparte pero que no le pertenece, experimenta, lleno de gozo, que de su boca brota una invitación siempre hermosa: *“Cantad al Señor un cántico nuevo porque ha hecho maravillas”* (sl 97, 1-2). Es el canto de entra del día de hoy y que nos lleva a hacernos esta pregunta ¿puede haber mayor maravilla?



Orando en la escuela de los salmos



Un salmo para rumiar

Salmo 21, 26b-27. 28 y 30. 31-32 (R.: 26a)

El es mi alabanza en la gran asamblea,
cumpliré mis votos delante de sus fieles.
Los desvalidos comerán hasta saciarse,
alabarán al Señor los que lo buscan.
¡Viva su corazón por siempre!
28 **Lo recordarán y volverán al Señor**
hasta de los confines del orbe;
en su presencia se postrarán
las familias de los pueblos.
30 **Ante él se postrarán**
los que duermen en la tierra,
ante él se inclinarán los que bajan al polvo.
Me hará vivir para él,
31 **mi descendencia lo servirá;**
hablarán del Señor a la generación futura,
32 **contarán su justicia al pueblo que ha de nacer:**
«Todo lo que hizo el Señor».

No hay cristiano que no conozca la fuerza impactante de las primeras líneas de este famoso lamento -el salmo 21 [22]- proferido por Jesús moribundo (Mateo 27,46). Un texto de gran desolación surcado de sangre y lágrimas, marcado por imágenes "bestiales" de puro sabor oriental (toros, leones, mastines, búfalos), que vienen a ser la representación de un cuerpo con huesos dislocados, con un corazón tan blando como cera, de una garganta como de barro reseco, de las manos y los pies heridos ...

Una plegaria que hunde sus raíces en este revelador texto del Antiguo Testamento: "Sión decía:

Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado». ¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas?" (Is 49, 14-15).

Si en la primera parte del salmo, el orante revela sus dolores intensos, y profunda angustia, por el silencio de Dios y la hostilidad de los hombres, en la segunda, de repente, todo cambia, todo se transforma. Los primeros versos del salmo nos hacía gustar, en clima orante, el domingo de Ramos en la pasión del Señor.

Los que corresponden al salmo responsorial de este quinto domingo de pascua, nos hacen gozar de los frutos preciosos del abandono de Cristo en los brazos del Padre.

De ahí que, el lamento se convierte en alabanza (vv. 23-27), porque la alabanza pertenece a quien tiene corazón de niño (Sal 8, 3 y Mt 21, 16), es decir, la actitud de desamparo, de haber experimentado y aceptado no poder bastarse a sí mismo y darse cuenta, sin embargo, de que la necesidad íntima de ser atendido va acompañada del amor providente del Padre del cielo.

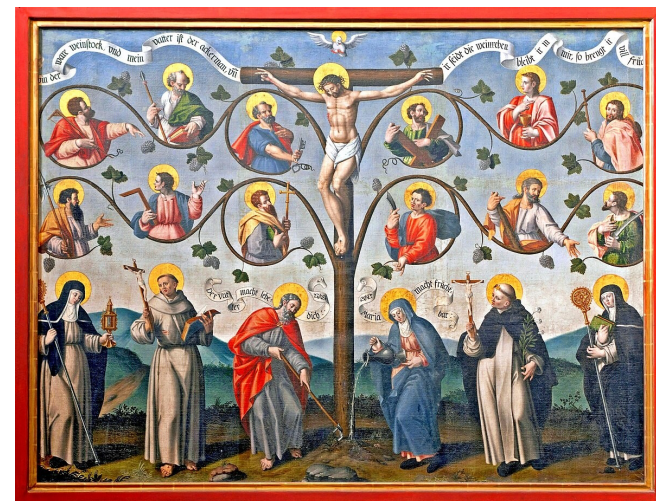
Cuando nos despojamos de nosotros mismos, al estilo de Jesús (Fil 2,6-11), para presentarnos ante el Todopoderoso en pobreza y asombro, nos llenamos de tanta benevolencia que nuestra vida se transforma en canto. Contemplando y celebrando el misterio pascual de Cristo, se llega a la conclusión de que la oración de alabanza corresponde a los que "aman hasta el extremo" (cf. Jn 13, 1). Precioso manantial del que brota el agua pura del **aleluya**.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo
Sancta Ovetensis

V Domingo de Pascua "B"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: —«Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador.

A todo sarmiento mío que no da fruto lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto.

Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada.

vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará.

Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos».